

Encrucijadas-UBA, 2010, pp. 35-72.

De marginalidades sociales en transición a marginalidades económicas asistidas.

Salvia, Agustín.

Cita:

Salvia, Agustín (2010). *De marginalidades sociales en transición a marginalidades económicas asistidas*. Encrucijadas-UBA,, 35-72.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/agustin.salvia/235>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pnKz/rky>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Agustín Salvia*

De marginalidades sociales en transición a marginalidades económicas asistidas

“Lo que se ve y lo que no se ve forman una
unidad que debe ser explicada como tal.”

Sergio Bagú

El objetivo de este trabajo es examinar algunas de las implicancias que sobre la integración social tienen la creciente marginación económica que en clave de “heterogeneidad estructural”¹ parece dominar el proceso de subdesarrollo argentino durante la actual etapa de globalización. Según las investigaciones que sustentan estas notas, la dinámica de exclusión social se habría profundizado con el proceso de liberalización económica generado por las reformas neoliberales de los años noventa, pero dado el carácter estructural del problema, las brechas de desigualdad y los niveles de pobreza extrema no habrían registrado cambios cualitativos a pesar de las mejores condiciones macro económicas y sociales introducidas por las políticas post-reformas (Salvia 2009; Salvia et al, 2008).

En este contexto, resulta relevante descifrar la trama que hace posible que los excedentes de población marginados participen de manera relativamente integrada de los procesos de reproducción social; es decir, sin que infrinjan alteraciones significativas al régimen político-institucional ni sobre el pacto de intereses que sostienen el patrón de concentración económica. Según el enfoque crítico que aquí sostiene, ni el giro post-reformas expresado en el discurso político-ideológico ni las mejores condiciones post-crisis logradas en materia de crecimiento y de empleo, constituirían explicaciones suficientes para entender la actual “*detente social*”.

Lejos de este tipo de simplificaciones, el presente trabajo procura ofrecer una línea de explicación alternativa fundada en la tesis de que el actual orden social no es independiente -al menos, en el caso argentino- del tipo de relación que se estableció entre los procesos de apertura comercial, liberalización económica e integración mundial, la dinámica de destrucción de sectores intermedios y de concentración de grandes capitales y el aumento de actividades informales de muy baja productividad asociados a la subsistencia de los nuevos excedentes de población generados por los factores anteriores.

* Investigador CONICET, director del Programa Cambio Estructural y Desigualdad Social con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires // <http://www.catedras.fsoc.uba.ar/salvia>

¹ De acuerdo a la literatura estructuralista latinoamericana, el desarrollo insuficiente de la densidad tecnológica en un determinado país no permite que el progreso técnico de algunas ramas se derrame en forma homogénea a todo el aparato productivo. Prebisch (1949, 1976), Singer (1950) y Pinto (1976) destacaron el dualismo del modelo de crecimiento regional, subrayando la existencia de un sector de alta productividad, fuertemente vinculado al mercado exterior, y otras actividades de muy baja productividad, vinculadas al mercado interno o a la simple subsistencia. De acuerdo con este enfoque, las actividades de subsistencia tienden a perdurar dado que se forma de una amplia oferta de mano de obra redundante, frente a las cuales las condiciones de desarrollo periférico no brindan solución (Prebisch, 1970: 69-70). La tesis de la heterogeneidad estructural fue profundizada por Anibal Pinto con el fin de destacar los efectos regresivos de la concentración del progreso técnico sobre la integración productiva, los mercados de trabajo y, por ende, sobre el desarrollo (Pinto, 1976: 33).

A lo que cabe agregar, como una pieza no menos importante, la introducción por parte del Estado de formas más eficientes de control social² en función de descomprimir la conflictividad generada por la dinámica de acumulación, dados sus efectos regresivos sobre la desigualdad y la exclusión. Es en este marco donde resulta de interés examinar algunos de los rasgos que ha asumido la producción de excedentes de población en clave a la vieja tesis de la “masa marginal” (Nun, Marín y Murmis, 1968; Nun, 1969; 2001); la cual parece fortalecerse en el contexto de un sistema capitalista cada vez más globalizado y de economías nacionales cada vez más heterogéneas (Salvia, 2007).

Sin duda, la cohesión social –o, al menos, un control social naturalizado- en un contexto como el descrito, constituye un desafío político-institucional más complejo y difícil de concretar que hace cincuenta, cuarenta o, incluso, treinta años atrás. En principio, los tradicionales procesos de modernización industrial experimentaron profundos fracasos que, entre otros efectos, profundizaron el atraso, la pobreza relativa y la desigualdad distributiva, incumpléndose de este modo la prometida transición hacia la modernidad. Por otra parte, aquellos aspectos estructurales que ponían límites a la integración social –la dependencia al mercado mundial y la heterogeneidad estructural interna- se habrían profundizado bajo el modelo de economía “abierto” surgido a partir de los procesos de expansión financiera y de las reformas estructurales ampliamente difundidas en la Región durante las últimas décadas del siglo XX.

De ahí que la marginalidad económica ya no adopte la forma piadosa de excedentes sociales eventualmente necesarios para el programa de desarrollo e integración; sino que se constituyan, más clara y abiertamente, en sectores sobrantes, a los que –a través de políticas sociales eficientes, aunque costosas- es necesario recluir, controlar, auto-reproducir y coaptar con el objeto de evitar que emerja su potencial fuerza perturbadora del orden político y social. Es decir, tal como habremos de examinar en este trabajo, la nueva modernidad parece imponer –al menos en el caso argentino- una nueva matriz social de marginalidad estructural y control (cohesión) social institucionalizado.

¿Siempre una misma marginalidad referenciada?

Antes de ahondar en el tratamiento de los temas planteados cabe hacer una pregunta de rigor: ¿en qué medida la noción de “marginalidad” que años atrás daba cuenta de los problemas de integración social asociados a los procesos de modernización industrial sigue siendo válida para comprender los efectos de exclusión que se generan bajo la actual expansión global del capitalismo financiero?³

La vinculación entre los cambios estructurales de fines del siglo XX, el quiebre regresivo de las oportunidades de movilidad social de amplios sectores y el aumento de la desigualdad económica que deja “afuera” de la nueva ola modernizadora a determinados sectores sociales, constituye una evidencia empírica ampliamente aceptada en la literatura especializada. En este marco, el concepto de “marginalidad” –

² El concepto de control social aborda la compleja cuestión del orden social sobre el que está conformada una comunidad política. En este caso, bajo la noción de control social haremos referencia a los diversos procesos que intervienen en la naturalización de un tipo constituido de organización social. Estos procesos son conflictivos, complejos e inestables, implicando ordenamientos provisionarios en constante re-definición (Pitch 1996; Pegoraro 1995).

³ Esta pregunta es importante debido a que muchas veces no es claro el alcance y significado de los conceptos que se utilizan para describir la realidad social, y, en otros casos, a que la emergencia de nuevos fenómenos hace que viejos conceptos ya no se ajusten a las nuevas realidades sociales. Este el caso del concepto de “marginalidad”, el cual parece estar afectado por ambos problemas, a pesar de su relevancia teórica y empírica se mantiene en alto e, incluso, parece crecer con el tiempo.

mucho más que el de pobreza- adquiere una relevancia creciente. Sin embargo, cabe advertir que por mucho que lo mencionados cambios se correspondan con consecuencias sociales no previstas, esto no implica la elaboración de una descripción acertada, ni una comprensión adecuada de la problemática a la que se pretende hacer referencia con dicho concepto. De ahí que sea fundamental aclarar a qué universo de problemas hacemos referencia cuándo hablamos de “marginalidad”.

En este sentido, cabe recordar que el término “marginalidad” no es nuevo en la literatura de las ciencias sociales latinoamericanas, y que desde su origen su significado no estuvo ajeno a controversias. En principio, hace más de cincuenta años destacados investigadores como Gino Germani se preocuparon por estudiar a aquellos sectores tradicionales, psicológicamente resistentes a lo que se creía era una desordenada pero valiente transición hacia la modernidad. Desde esta perspectiva, el fenómeno de la marginalidad se explicaba por la resistencia cultural de dichos sectores a incorporar las pautas fundamentales de la vida moderna⁴.

Es justo reconocer que esta particular tradición académica descubrió el problema de la “marginalidad” en el marco del discurso político-institucional del Estado desarrollista. A mediados del siglo XX se denominaban “marginales” a los asentamientos urbanos periféricos generados a partir de las masivas migraciones internas e internacionales a las ciudades industriales. Los referentes ecológicos del término eran claros, dado que hacían referencia a las viviendas situadas al borde de las ciudades, carentes de condiciones mínimas de habitabilidad. Sin embargo, muy pronto este significado se extendió a toda vivienda precaria o asentada sobre terrenos ocupados ilegalmente, relegando a un segundo plano la localización física de la misma. A partir de aquí el término se amplió a las condiciones de trabajo y al nivel de vida de los habitantes de viviendas precarias o a residentes en espacios segregados, advirtiéndose que tal estado de marginalidad alcanzaba otros aspectos esenciales, tales como la participación política, sindical, comunitaria, así como en el orden de las instituciones y estructuras más amplias. Del mismo modo, se advirtió que estos patrones se correspondían a formas particulares de organización familiar, valores, normas y costumbres de vida, con la ausencia generalizada de una identidad integrada en el ámbito nacional y la dominancia de fuertes localismos culturales de origen rural.

Frente a esta representación de la “marginalidad social”, una serie de autores -tales como Quijano, Pinto, Nun, Murmis, entre otros- interpusieron una interpretación que contrariaba el sentido común académico de la época. Ellos argumentaron que los sectores marginados a los que hacía referencia la teoría de la transición no eran otra cosa que el resultado necesario -inevitable- de las reglas de funcionamiento de un capitalismo periférico de enclave integrado al mercado mundial. Esta tesis surgió de una revisión tanto de las teorías marxistas y del estructuralismo de CEPAL, en boga en ese momento, buscando hacer inteligible los fenómenos de desempleo, subempleo y pobreza como fenómenos estructurales intrínsecos al modelo de desarrollo vigente. La marginalidad económica lo era no con respecto a una “norma”, sino frente a las

⁴ La primera conceptualización que en América Latina intentó dar cuenta del variado mundo económico, social y cultural de los sectores marginados fue la desarrollada por Centro de Desarrollo Social de América Latina creado en Santiago de Chile en 1965 (DESAL, 1965). En este caso, el concepto de “marginalidad” procuró ajustarse a los supuestos de la denominada “teoría de la modernización”. Los argumentos de esta perspectiva presentaban un fuerte componente rostowiano. A partir del mismo resultaba lógico entender que la marginalidad constituía una expresión estructural del subdesarrollo, cuyo “círculo vicioso” podría ser superado siempre y cuando se difundieran a nivel individual y colectivo las instituciones y los valores de la modernidad: mayor división social del trabajo, educación, valores ciudadanos, participación cívica, etc., es decir, se creasen las condiciones sociales necesarias para superar el atraso histórico (Germani, 1962, 1973).

“relaciones sociales de producción” dominantes en la Región. El planteo tenía un claro sentido de oposición a las tesis desarrollistas que argumentaban en favor de una mayor integración al mercado mundial y apertura a las inversiones extranjeras⁵.

Ahora bien, en los años setenta, este incipiente debate teórico debió ser abandonado por quienes llevaron las de perder en el campo político. Sin embargo, la historia económica y social de América Latina –y cada vez más la de la Argentina- no dejó de entrelazarse con los fenómenos a los que se hacían referencia con ambas tesis⁶. Los nuevos pobres surgidos de las crisis fiscales, los procesos inflacionarios y las políticas de ajuste han seguido siendo interpretados no al margen de esta tradición.

1) Para la primera de las miradas que busca resolver los problemas de integración y cohesión social que generan los procesos de modernización (que a manera referencial podemos calificar de “desarrollista”), la marginalidad está actualmente asociada con los nuevos procesos de transición demográfica, reformas económicas, participación ciudadana y democratización política, entre otras dimensiones. La condición de marginal se asocia generalmente a situaciones de pobreza, desempleo y bajo capital humano. Su reproducción se explica por los ciclos reiterados de inestabilidad económica y las limitaciones de las políticas públicas para garantizar un adecuado acceso a educación, salud, seguridad social, vivienda digna, redes sociales de participación, etc. A pesar del importante desafío que significa revertir estas barreras, el desarrollismo tiene fe en el progreso. Desde esta perspectiva, un crecimiento económico continuo–asistido por el financiamiento internacional- haría posible superar esta historia de atraso.

2) Para la segunda interpretación que procura explicar la desintegración social persistente (que a fines también descriptivos podemos denominar “estructuralista”), la marginalidad es el resultado de un modo de integración de una economía nacional a la economía mundial, así como también de organizar la producción y distribuir en forma desigual la riqueza. Un modo que por su naturaleza deja forzosamente afuera a amplios sectores sociales, incluso aunque los mismos logren acceder de manera parcial a los beneficios de las políticas públicas. De ahí que, bajo este escenario, el problema no es de fácil resolución. Para el estructuralismo no es sólo cuestión de crecer ni de aumentar la inversión o el gasto social, sino que debe redefinirse de manera sustancial el modelo de desarrollo, la distribución de los capitales y del ingreso y el papel del Estado, por lo cual el problema pasa centralmente a depender del “pacto de dominación” bajo el que se sustenta y legitima un proyecto político-económico de este tipo.

Es evidente que en el marco de esta manifiesta dualidad político-ideológico, las complejas realidades sociales a las se hace referencia con el término de “marginalidad” no son las mismas según el punto de vista desde el cual se parta. Para la primera lectura los nuevos pobres urbanos surgidos de las migraciones a las ciudades, las crisis fiscales y las políticas de ajuste son “marginados culturales” de una transición inestable y desordenada. En cambio, para la lectura opuesta, la “marginalidad económica” es el resultado de un modo de desarrollo concentrado, incapaz de incluir al conjunto de la población a un programa de desarrollo e integración social. Al respecto, cabe destacar que este trabajo habrá de retomar la segunda de las perspectivas, en donde por definición la “marginalidad” adopta un rasgo estructural.

⁵ Estos esfuerzos llevaron a la formulación de términos relativamente similares para designar tales fenómenos: por una parte, “masa marginal” (Nun, Marín y Murmis, 1968; Nun, 1969) y, por otro, “polo marginal” (Quijano, 1970).

⁶ Sin embargo, no debe descartarse la hipótesis de que ambos campos de fenómenos existan, formando parte de una misma realidad social, y por lo tanto, el problema sea en realidad la falta de una teoría capaz de dar cuenta de manera integral de dicha dualidad.

Un cuadro histórico de marginalidades acumuladas

La Argentina fue un ejemplo de temprana y rápida modernización en América Latina. La expansión de la educación, la industrialización sustitutiva, la rápida transición demográfica, la amplia extensión de un Estado con capacidad de atender demandas sociales universales, lograron la rápida asimilación social de amplios sectores con muy bajos niveles de analfabetismo, desempleo, indigencia y sin enfermedades crónicas masivas. En este contexto quienes estaban bajo una situación de marginalidad eran apenas compatriotas en lista de espera, susceptibles de inclusión a través del mercado de trabajo privado o del empleo público, o, en última instancia, eran aquellos que podían ser atendidos a través de políticas asistenciales, mientras el cambio generacional hacía su trabajo.

Sin embargo, en oposición a esta imagen, algunas regiones, comunidades y grupos sociales siempre se mantuvieron alejados de los frutos de esa virtuosa modernidad. Las crisis económicas, el creciente déficit fiscal y las políticas de ajuste de los años setenta y ochenta, limaron tanto la capacidad del Estado para completar la transición (extendiendo los servicios sociales universales) como para proveer de estabilidad a las últimas capas de la transición. En este contexto, se fue cristalizando la exclusión social de los segmentos más rezagados y segregados, al mismo tiempo que iban surgiendo los llamados “nuevos pobres”: sectores de clase media afectados por el deterioro de los mercados de trabajo, los procesos inflacionarios y el declive del cuasi-estado de bienestar argentino. Ambas fracciones sociales, aunque por diferentes motivos, se convirtieron en los hijos finalmente “abandonados” por el proceso de modernización industrial. De esta manera, pasada la “época de oro”, la marginalidad estructural parecía emerger, y los desafíos por delante ya no eran tan simples. A los marginados sin historia de modernidad, se sumaron los “arrojados” a la marginalidad por la propia modernidad.

Es en ese momento que irrumpe en la Argentina –a igual que en la mayoría de los países de América Latina-, una nueva ola modernizadora acompañada de reformas estructurales: mayor apertura comercial, mayor libertad para los mercados, flexibilidad laboral, retirada del Estado y también mayor libertad para una variedad de renovados negocios financieros. Todo ello en el marco de los procesos de globalización y de la mano de los consejos vertidos por el Consenso de Washington⁷. Según el pronóstico, a través de las fuerzas liberadas por los mercados, después de una dolosa pero necesaria transición, el crecimiento de la productividad de los sectores más dinámicos habría de difundirse y absorber a los sectores más atrasados, a manera de un “derrame” progresivo. La condición necesaria era que el Estado no debía intervenir en el libre funcionamiento de los mercados.

Es sabido que este modelo puesto en práctica de manera drástica durante los años noventa generó un desplazamiento de pequeños empresarios, trabajadores asalariados, cuenta propias no profesionales, todos ellos vinculados a la producción de bienes y servicios dirigidos al mercado interno, desconectados de las actividades más dinámicas y concentradas lideradas por sectores privados más integrados al mercado mundial. En este contexto se agravó aún más la situación de las capas más pobres caídas en desgracia durante la década anterior. En ambos casos, la ausencia de oportunidades

⁷ A lo que cabe agregar, en el caso argentino, la vigencia durante una década de un sistema de cambio fijo en paridad con el dólar conocido como “régimen de convertibilidad”, factor que llevó a un rápido desplazamiento de fracciones empresarias y sectores obreros vinculados a sectores industriales y comerciales tradicionales.

laborales, de un sistema de seguridad y de redes sociales asociativas, fue dando forma a nueva marginalidad estructural.

Estos sectores comenzaron a sufrir no sólo el abandono institucional sino el deterioro y la devaluación creciente de sus capitales económicos, culturales y sociales. Unos y otros, con mayor y menor suerte, reaccionaron a través de una variada gama de estrategias individuales o colectivas de subsistencia. En general, por fuera de los circuitos formales y legales de producción, intercambio y participación político-ciudadana modernas. En este marco, la economía informal de subsistencia –incluso los programas sociales focalizados a cargo del Estado y asociadas a empleos de baja productividad-, se constituyeron en los principales modos de ganarse la vida para amplios sectores de excluidos. La contra parte de este proceso fue una mayor concentración económica alrededor de unos pocos grupos financieros trasnacionales y locales, lo cual implicó el ascenso de técnicos, obreros calificados, profesionales, rentistas e inversores financieros, directores de grandes empresas y nuevos empresarios, quienes no sólo lograban, gracias a la liberalización económica, mejorar su calidad de vida, sino también experimentar una importante movilidad social. Es decir, no todo eran penumbras durante esta nueva ola modernizadora; aunque cabe destacarlo, las luces y las sombras no parecían formar parte del mismo cuadro, aunque de hecho sí lo eran.

A fines de la década de los noventa la crisis financiera también llegó a la Argentina, produciendo recesión, una nueva devaluación y el derrumbe socioeconómico más importante de la historia contemporánea del país. El efecto inmediato fue el aumento del desempleo, la indigencia y de la pobreza de todo tipo, y, en este marco -a igual que en 1989-1990-, la reacción social se convirtió en una forma de ampliar el campo de las estrategias de subsistencia de viejos y nuevos sectores desplazados. Frente a ello, el Estado buscó contener y encauzar la crítica situación social a través de una mayor extensión de los programas de asistencia alimentaria, sanitaria y transferencia condicionada de ingresos (Jefas/es de Hogar Desocupados, Plan Familias por la Inclusión Social, Programas de Empleo Comunitarios, entre otros). En ese momento la pobreza de ingresos afectaba a más del 45% de la población urbana.

En el marco de este escenario, a principio del nuevo siglo los “marginados” pasaron a constituirse en un conjunto complejo y fragmentado de sectores y fracciones sociales de diferente extracción y posición relativa dentro de la estructura social. Sin duda, los menos vulnerables a la exclusión –pero no menos afectados por la crisis- fueron los “nuevos-nuevos pobres” pertenecientes a las clases medias, despojados de ingresos y capitales. En general, estos casos lograron ser relativamente contenidos por las instituciones gremiales, políticas y profesionales, o, incluso, a través de las redes familiares. Sin embargo, cabe destacar que dentro de este grupo corresponde incluir a los jóvenes calificados que llenaban los consulados en procura de mejores oportunidades de empleo en el extranjero, los assembleístas que procuraban mejorar los servicios públicos o la seguridad de su barrio, la cola de ahorristas que demandaba por sus derechos de propiedad frente a la suprema corte de justicia, los movimientos sociales barriales que solicitaban vivienda, salud y educación.

Junto a ellos, al mismo tiempo, lograron hacerse aún más visibles los componentes de una marginalidad (económica) más estructural formada por un conglomerado de sectores excluidos de los mercados formales, dependientes de la asistencia pública y de la económica informal de subsistencia. Estos sectores adoptaron, junto a formas no pocas veces radicalizadas de encauzar los reclamos (“piquetes callejeros”, “tomas de empresas”, etc.), estrategias sociales emblemáticas de subsistencia como un modo de vida, en algunos casos, a través de lo que podemos denominar “economías sociales de la

pobreza” (ferias de trueque, cooperativas de productores, labores comunitarias, etc.), o, en su gran mayoría, a través de “changas de indigencia” de variada naturaleza (cartoneros, vendedores ambulantes, limpia-vidrios, prácticas laborales de mendicidad, colas de feria, tráfico ilegal, etc.). A ellos apuntaron los programas de transferencia condicionada de ingresos, a través de los cuales el Estado buscaba tanto calmar los reclamos sociales como responder de manera eficiente a la demanda de mayor cohesión social formulada desde la sociedad de los incluidos y los principales protagonistas político-económicos.

Ahora bien, pasado lo peor de la crisis financiera 2001-2002 comenzó en la Argentina – en un contexto internacional especialmente favorable- un rápido proceso de recuperación económica, motorizado por el aumento de las exportaciones y una activa recuperación del mercado interno a través del mantenimiento de un tipo de cambio alto, políticas de ingresos y regulaciones de precios. En efecto, desde 2003 hasta principio – al menos- de 2008, los cambios en la política macroeconómica implicaron una importante recuperación de las exportaciones, la actividad industrial, el consumo, el empleo y el salario, todo lo cual generó un fuerte caída del desempleo y una reducción de la pobreza, reincorporando rápidamente a la vida económica y social activa a los sectores medios y trabajadores asalariados afectados por el derrumbe final del programa de reformas. Para ellos, el proceso fue –y es todavía- de movilidad y progreso, incluso, alcanzando mejoras reales superiores a las logradas en los mejores momentos del período de auge del modelo de liberalización económica durante la década del noventa.

Sin embargo, otra fue la dinámica de las capas inferiores de la marginalidad. Para ellas, el nuevo modelo económico permitió ampliar las capacidades de subsistencia y el consumo, pero ello ha estado lejos de significar una transformación en las condiciones materiales y simbólicas de exclusión económica y social⁸. En este caso, una vez más, al igual que en la década del noventa, el derrame económico sólo operó sobre la sociedad integrada, mientras que se tradujo en “goteo” para la sociedad estructuralmente marginada. De tal modo que cabe poner en duda aquellos argumentos que se aferran en sostener que en la reciente fase de crecimiento de la economía (2003-2008), bajo el modelo político-económico post-devaluación, está teniendo lugar un cambio cualitativo en el régimen de empleo y en la condición social de los sectores excluidos. En particular, no porque no haya evidencias que demuestren mejoras importantes en materia socioeconómica durante los últimos años (aumento del nivel de empleo, reducción del desempleo y caída de las tasas de pobreza e indigencia), sino porque el núcleo duro de la marginalidad y de la desigualdad distributiva sigue inalterado, en cuanto a las condiciones vigentes de producción y reproducción de la vida social.

El cuadro 1 describe más exactamente esta última situación al considerar los cambios ocurridos en la condición ocupacional (segmentos de empleo o desempleo) y la participación sectorial de la fuerza de trabajo en el mercado laboral ente 1998 y 2006 para el total de aglomerados urbanos relevados por la EPH-INDEC. Los cuatro años ventana considerados en esta serie son significativos en cuanto al contexto que representa cada momento: a) 1998: último año de crecimiento del programa de reformas estructurales; b) 2001: momento recesivo previo a la crisis político-financiera y a la devaluación del 2002; c) 2003: momento de inicio de reactivación después de la crisis

⁸ A nivel de estudio con datos estadísticos agregados puede consultarse Salvia et al. (2008). En el mismo sentido, como inferencia resultante de estudios de caso pueden consultarse las compilaciones de artículos reunidos en Mallimaci y Salvia (2005) y Salvia y Chávez Molina (2007), en donde se analizan las condiciones de vida y las trayectorias laborales de una amplia gama de segmentos sociales que continúan sobreviviendo en el contexto de pobreza a pesar del crecimiento económico.

político-financiera y la devaluación de 2002; y d) momento de auge en términos de crecimiento del programa económico post-reformas. En el marco, resulta evidente que las mejoras ocurridas durante la última etapa, en términos de la participación de la fuerza de trabajo en empleos plenos de inclusión (protegidos por la seguridad social) lo fue con respecto a la fase recesiva previa a la crisis, pero con relación al techo estructural impuesto por el modelo de liberalización económica. Del mismo modo, salta a la observación que las menores tasas de desocupación significaron en realidad un incremento de los subempleos marginales (con ingresos por debajo del nivel de subsistencia) –incluidos los beneficiarios de programas públicas de empleo–, lo cual fue estimulado por el aumento del consumo que generó el mayor derrame que alcanzó a los sectores modernos del mercado de trabajo. Por último, es claro que en términos de composición sectorial del empleo, nada o muy poco ha cambiado de manera estructural a favor del sector moderno entre los dos momentos de auge de ambos modelos; salvo el vertiginoso aumento que registraron los empleos asistidos por transferencias condicionadas de ingresos entre 2001 y 2003 (asociadas a programas sociales de empleo).

Cuadro 1
Distribución de la fuerza de trabajo por condición ocupacional y segmento de empleo según período histórico. Población de 18 años y más. Aglomerados urbanos: 1998, 2001, 2003 y 2006. En porcentajes.

	Período de Reformas		Período Post-Reformas	
	1998 Auge	2001 Pre-Crisis	2003 Post-Crisis	2006 Auge
Total de la Fuerza de Trabajo	100%	100%	100%	100%
Empleos Estables	41,0%	34,8%	30,7%	43,3%
Empleos Precarios	31,0%	28,0%	22,4%	27,3%
Subempleos Indigentes	9,0%	8,7%	25,7%	16,1%
Desempleo < 6 meses	9,3%	13,3%	8,3%	6,2%
Desempleo >=6 meses	7,0%	11,6%	9,7%	4,3%
Desaliento Laboral	2,7%	3,6%	3,2%	2,8%
Fuerza de Trabajo Ocupada	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
Total Sector Formal	38,6%	35,6%	33,0%	38,9%
Total Sector Público	15,1%	16,2%	20,3%	16,4%
<i>Programas Sociales de Empleo</i>	(0,8%)	(1,3%)	(5,5%)	(2,1%)
Total Sector Informal	46,3%	48,2%	46,7%	44,7%

Fuente: Salvia et al. (2008) con base en datos de la EPH – INDEC. Onda Octubre 1998 y 2001 (EPH puntual) y Segundo Semestre 2003 y 2006 (EPH continua), con valores estimados en 1998 y 2001 a partir de empalme de encuestas Onda Mayo/Primer Semestre 2003.

De ahí que resulte entendible cómo es posible que, a pesar de haber crecido la economía argentina más de un 40% en los últimos 5 años y de haber mantenido un permanente superávit fiscal y comercial, al menos un tercio de la población urbana continúe por debajo de la línea de pobreza, un 10% se encuentre en situación de indigencia, las zonas más atrasadas del país sigan siendo tan pobres como antes, doce de cada mil niños mueran por causas evitables antes del año de vida, hayan aumentado el número de las

villas miserias y de los asentamientos precarios, entre otros indicadores de marginalidad estructural⁹.

Esta breve descripción de la reciente historia argentina fortalece la hipótesis de que bajo el contexto del nuevo modelo de acumulación poco pueden hacer tanto el modelo de reformas “neoliberal” como el modelo post-reformas “neo desarrollista”. Es evidente que ni uno ni otro logró resolver –ni por vía de un fenomenal crecimiento ni por una política social activa y protectora- la inclusión de la marginalidad estructural que alimentan a los excedentes absolutos de población no “necesarios” al desarrollo capitalismo periférico. En tal caso, lo más factible es que ocurra lo que no ha ocurrido durante los últimos treinta años de liberalización económica, las demandas de empleo y ciudadanía plenas habrán de subordinarse a objetivos devaluados en materia de cohesión social, los cuales procurarán mantener la paz interna a un costo mínimo, aunque sin necesidad de garantizar una efectiva integración social.

Nuevas marginaciones y cambios en las condiciones de producción y reproducción de los excedentes de población

Durante mucho tiempo, tal como sabemos, el desarrollo industrial logró incorporar en el trabajo asalariado y hacer participar del mercado de consumo –incluso en las economías de la periferia- a segmentos cada vez más amplios de población desplazada de las economías y formas de producción más atrasadas y tradicionales. En función de este cometido, el sistema capitalista debió enfrentar férreas resistencias planteadas por los modos mercantiles más tradicionales de reproducción social. Al respecto, cabe recordar que la formación de un “ejército industrial de reserva” en una economía capitalista depende menos de las tendencias demográficas que de la dinámica de acumulación de capitales (aumento de la composición orgánica del capital), la destrucción de formas más atrasadas de reproducción social (en particular, las economías de subsistencia) y, por último, la capacidad político-institucional de someter a procesos de proletarización los excedentes de población generados por las condiciones anteriores. Ahora bien, ¿qué ocurre sobre la constitución y función de tales excedentes relativos cuando la dinámica de acumulación dominante no depende de procesos generalizados de acumulación originaria y de proletarización de nuevos contingentes de fuerza de trabajo, sea a escala local, nacional, regional o internacional?

La mejor comprensión de los cambios ocurridos durante las últimas décadas en la condiciones de marginalidad exige tomar más clara posición en cuanto al significado del concepto utilizado. Algunas de las preguntas claves a las que debe poder dar respuesta el concepto son “quiénes”, “cómo”, “ante qué” y “por qué” se es o se está en situación marginal. En este sentido, el concepto de “marginalidad económica” -desarrollado por las corrientes neo-marxistas del estructuralismo latinoamericano- ofrece una respuesta precisa para entender que lo “marginados” no son necesariamente los excedentes absolutos de población sino las relaciones sociales de producción y de reproducción que dichos excedentes entablan –o deben entablar- para garantizar su subsistencia. En el actual contexto de globalización, tales relaciones serían el resultado de la mayor penetración que logran los capitales financieros y corporativos multinacionales y los

⁹ En este sentido, son muchas los estudios de casos que demuestran la subsistencia de múltiples expresiones de marginalidad, que funcionan con una raíz estructural suficientemente integrada a condiciones de pobreza, e, incluso, a redes político-institucionales legitimadas (clientelismo político, organizaciones sociales, fundaciones y empresas impulsoras de proyectos comunitarios, etc.) (véase aquí, por ejemplo, Gutiérrez (2004), además de los trabajos compilados en Mallimaci y Salvia, 2005 y en Salvia y Chávez, 2007,

grandes grupos económicos locales, los cuales se reproducen altamente concentrados, cada vez más asociados a mercados externos o internos globalizados y con relativa independencia de los infortunios que afectan a los procesos de reproducción social a nivel del mercado interno.

En este sentido, creemos que resulta por demás pertinente reconocer la emergencia de una heterogénea “masa marginal” –no necesariamente funcional a la dinámica dominante de acumulación y dominación política- surgida en el marco de los procesos de apertura, reestructuración y desregulación económica que continúa imponiendo la dinámica de globalización a escala nacional, regional e internacional. Al respecto, recordemos que la teoría de marginalidad económica denominó “masa marginal” (Nun, Marín y Murmis, 1968; Nun, 1969, 2001) a la parte de la superpoblación relativa que, bajo un contexto de capitalismo periférico abierto al mercado mundial y sometido a un patrón de heterogeneidad estructural, no se constituye necesariamente en “ejército industrial de reserva” para el sector más concentrado que lidera la dinámica de acumulación, ni cumple funciones de “abaratamiento” sobre las remuneraciones en tales sectores. [debate Nun Cardoso]

Según el enfoque, la fuerza de trabajo que forma parte de la superpoblación excedente habrá de presentar un comportamiento variable, dependiendo del ciclo económico, pudiendo constituirse según las condiciones político-económicas en: (a) ejército industrial de reserva disponible para los sectores modernos concentrados o intermedios de un sistema estructuralmente heterogéneo; (b) en fuerza de trabajo al servicio de empresas “cuasi-informales” subordinadas a los sectores dinámicos; o (c) en “masa marginal”, es decir, en fuerza de trabajo sobrante o excluida de los mercados regulados por el propio Estado y de la dinámica de acumulación a cargo de los sectores más concentrados de la economía.

En el marco de esta perspectiva, dado que la demanda de trabajo en los sectores capitalistas más concentrados e intermedios depende de la tasa de acumulación de los primeros, y que, al mismo tiempo, el mercado de trabajo funciona de manera segmentada, la magnitud del sector informal de subsistencia tiene un carácter residual y resulta de restar a la oferta laboral el empleo en el sector capitalista formal e intermedio, incluyendo la parte de la oferta no ocupada que funciona como ejército industrial de reserva para los sectores capitalistas.

De este modo, a diferencia de los conceptos de “marginalidad” o de “exclusión”¹⁰ de carácter social, la “marginalidad económica” parte de reconocer que los excedentes de población que genera el capitalismo periférico son marginales respecto a una matriz socioeconómica y político- institucional que reproduce las relaciones sociales que determinan tales funcionamientos. Justamente, este tipo de comportamiento sistémico encuentra particular vigencia y alcance en aquellos sistemas estructuralmente heterogéneos, en donde se combinan enclaves altamente productivos u oligopolios, presencia de una extendida economía informal de subsistencia y una débil capacidad de intervención del Estado en los procesos de desarrollo e integración social.

¹⁰ Nun sostiene que en la década de los años noventa el concepto de exclusión social abordaba los temas que las ciencias sociales ya se planteaban en la década del sesenta en América Latina (Nun, 2001: 30). Sin embargo, la supuesta cercanía de este concepto y el de “masa marginal” es sólo aparente. El término “exclusión social” no considera las particulares condiciones de los sistemas económicos y políticos sometidos a modelos capitalista de desarrollo dependiente. En igual sentido, Cortés (2006), ampliando esta idea, hace una sugerente notación teórico-metodológica entre los significados de ambos términos, destacando sus diferentes raíces epistemológicas y capacidades heurísticas; también véase Salvia (2007).

Según esta tesis, a pesar del dinamismo que tuvo el capitalismo industrial durante el siglo XX, una parte importante de la población que habita en sociedades subdesarrolladas continúa reproduciéndose bajo formas subordinadas, aunque no necesariamente integradas, a las estrategias de acumulación que dominan el mercado mundial capitalista. Este fenómeno se evidencia a través del estancamiento relativo que registra a nivel global el empleo asalariado en los sectores más dinámicos, así como del resurgimiento de variadas economías de subsistencia fundadas en organizaciones domésticas o comunitarias. En ambos casos, como resultado de dos procesos claves en interacción: por una parte, del carácter heterogéneo y parcial que continúa teniendo el desarrollo económico en la periferia; y, por otra parte, como efecto de los procesos de reestructuración productiva, apertura comercial y concentración económica que experimentó de manera especial el capitalismo periférico en la actual fase de mundialización.

Pero si bien esta tesis encontró relativa relevancia en el contexto de los programas de desarrollo industrial sustitutivo, parece alcanzar especial fuerza cuando se examina la dinámica de acumulación de una economía periférica en el marco de la actual etapa de globalización capitalista. Bajo estas condiciones, una serie de factores como el cambio tecnológico, el papel dominante que ejerce la acumulación financiera, la concentración de capitales y las nuevas modalidades de integración que experimentan los mercados a escala mundial, tienden a reproducir en forma ampliada –sobre todo en la periferia- la formación de una población excedente muy poco funcional a estos procesos. De esta manera, un rasgo estructural del actual modelo de subdesarrollo sería la escasa o nula necesidad que tienen los grandes grupos económicos de que las economías nacionales cuenten con amplios contingentes de fuerza de trabajo en situación de “disponibilidad”.

Ahora bien, dado la magnitud que pueden llegar a tener estos excedentes, su existencia misma fuera del control social puede constituirse en “disfuncional” tanto para la dinámica ampliada de acumulación como para el obligado papel de control y garante de la paz social que debe desempeñar el Estado. Esto debido en particular a que el aumento absoluto de la población excedente significa una mayor presión por parte de los hogares sobre los mercados informales y sobre la capacidad de gestionar por parte del Estado periférico las crecientes demandas comunitarias de asistencia económica, seguridad ciudadana, cohesión social, etc.; no pudiendo uno ni otro resolver el problema de fondo ni sus efectos político-institucionales.

Como parte de estas tendencias no es extraño que los procesos de reproducción social y, en particular, la propia gestión pública de las políticas sociales, se vean sometidos a particulares tensiones. En los hechos, estas tensiones se hacen por demás visibles en la persistente precariedad que experimenta el mercado de trabajo de actividades de subsistencia, la conflictividad que despierta la puja distributiva –entre pobres y sectores medios- alrededor de los escasos recursos disponibles en materia de gasto social, y, por último, a través de la ineficiencia que muestran tener las políticas de empleo, transferencia de ingresos y regulación laboral para contener y encauzar la reproducción social en condiciones de mayor integración social.

Por otra parte, siguiendo la teoría, cabría también esperar que –dada la mayor concentración de capital y la mayor brecha tecnológica al interior de los sistemas económicos- la constitución –aunque variable- de excedentes de fuerza de trabajo con funciones de “masa marginal” frente al sector más moderno y concentrado de la economía, ocurra no sólo en los ciclos recesivos sino también de expansión, y que las propias políticas de promoción del empleo, capacitación laboral y transferencia de ingresos hacia los sectores más pobres, contribuyan –paradójicamente- en igual sentido.

¿Por qué esto? Debido fundamentalmente a que dado la composición del capitalismo periférico, la condición de masas de población excedentes no se resuelve con el sólo crecimiento de los sectores modernos, a la vez que el efecto “goteo” sobre los sectores informales, no hace más que potenciar la atracción migratoria y la expansión social de tales excedentes. Por otra parte, su crecimiento en contexto de crisis constituye el efecto del papel de refugio que tiene la informalidad de subsistencia cuando el desempleo abierto alcanza a los sectores intermedios, sin que exista un sistema de seguridad social capaz de dar efectiva inclusión a la población marginada. Frente a lo que los programas de empleo social, de capacitación laboral y de transferencia condicionada de ingresos resultan inocuos en ese sentido. Todo lo cual tiene invariables efectos regresivos sobre la distribución del ingreso en tanto que la dinámica de acumulación por parte de los sectores modernos continúa su marcha.

De tal modo que bajo las nuevas condiciones de acumulación global, la mayor demanda de empleos de productivos en un contexto de expansión, al mismo tiempo que crece el empleo marginal, el proceso no garantiza una solución estructural ni siquiera gradual de los problemas de pobreza y desigualdad¹¹. Por otra parte, cada nueva retracción económica dejará como consecuencia una nueva vuelta atrás dada la precariedad de los empleos informales precarios o de subsistencia, excluidos de la protección gremial o estatal.

tanto la recesión acciones se hace mucho más factible la sobrevivencia de tales excedentes en mercados laborales intermedios o través de estrategias de subsistencia marginales, sin que sea necesario ejercer mayores presiones políticas sobre los sectores modernos, oligopólicos y concentrados de la estructura económico-ocupacional; a la vez que tales excedentes de población pueden ser más fácilmente “captados” o “apaciguados” a través de los mayores recursos que disponen las políticas sociales en función de garantizar la “cohesión social” que requiere el bloque dominante o, al menos, el pacto de gobernabilidad vigente.

De este modo, el impacto de la nueva dinámica de acumulación sobre la capacidad del sistema para absorber y gestionar los excedentes estructurales de población habrá de depender de: i) una demanda agregada de empleo que sea capaz de generar o destruir el modelo de acumulación de economía “abierto” (según la fase del ciclo en que se encuentre), ii) la resistencia que logren imprimir los diferentes segmentos de la economía doméstica de subsistencia (a partir sobre todo de las estrategias de subsistencia de los hogares); y iii) la capacidad de intervenir por parte del Estado en la contención y gestión social de tales excedentes a través de políticas de distribución del ingreso.

Nuevas condiciones de producción de excedentes

En un pasado relativamente reciente, bajo el modelo de desarrollo industrial fundado en la sustitución de importaciones (economía “cerrada”), el crecimiento estaba acompañado de niveles relativamente bajos de desempleo, que favorecían la movilidad del sector informal de subsistencia hacia actividades cuasi-informales o modernas de

¹¹ Incluso, el surgimiento de una renovada capa de nuevas actividades de servicio y de segmentos de empresas cuasi-informales de productividad media, estrechamente subordinados a los procesos de tercerización o subcontratación de las grandes empresas modernas, tampoco son suficientes para absorber a los excedentes de fuerza de trabajo. Por otro lado, tampoco se vislumbran posibilidades de resistencia a través del empleo en el sector informal de subsistencia, en la medida en que estos experimentan una mayor marginalidad económica.

productividad media. Muy pronto, esta movilidad social resultó seriamente clausurada, debido tanto al cierre o ruina en que cayeron estas empresas ante la competencia de sectores concentrados –nacionales o internacionales-, así como a la presencia de una larga “cola de espera” generada por los cesanteados de las actividades reconvertidas o en crisis, quienes pasaron a competir en los mercados secundarios y terciarios por oportunidades laborales escasas y de menores ingresos¹².

Siguiendo la línea argumental hasta aquí trazada, cabe esperar que bajo un modelo de acumulación capitalista periférico –más o menos conservador o progresista-, sometido a un contexto de liberalización económica y globalización de los mercados (economía “abierta”), la generación de excedentes de fuerza de trabajo sea una función de la limitada capacidad que tiene el sector moderno de generar o destruir empleos plenos, así como también de las más elásticas capacidades de creación y destrucción de empleos que ofrece el sector informal urbano –tradicional o de subsistencia-. De esta manera, el proceso de apertura económica parece inducir problemas de diversidad en la integración de los mercados laborales: diferenciales de productividad intersectorial, aumento permanente de las actividades marginales de subsistencia y, eventualmente, regulaciones laborales, mayor emigración laboral y asistencia pública. No siendo estos efectos el resultado de una falta de crecimiento sino del propio proceso de acumulación; siendo incluso lo más factible que elevados ritmos de crecimiento logren que la desigualdad estructural se profundice en vez de retraerse.

En este marco, si bien los trabajadores más calificados logran por lo general mejores oportunidades de inserción laboral, su utilización como fuerza de trabajo no llega a ser plena, al menos para la mayor parte de los sectores expulsados de actividades modernas concentradas o rezagadas o del sector público reconvertido. Una parte de los segmentos modernos sufre la caída en el sector informal de menor productividad, lo cual incrementa la competencia en el mercado secundario y terciario de subsistencia, agravando aún más la desprotegida situación económico-ocupacional de la población que depende de la economía informal. En ella se refugian sectores sumergidos estructuralmente en la pobreza, excluidos de la seguridad social y de los mecanismos de información, educación, integración social y ciudadana.

En cuanto a la reproducción social de estos excedentes relativos de fuerza de trabajo, es posible reconocer una serie de procesos de tipo “estructural” –intrínsecos a la heterogeneidad estructural del subdesarrollo- que harían viable en un contexto de liberalización económica –economía “abierta”- su inevitable constitución como “masa marginal”– sea como masa desocupada, subocupada o emigrante, o, más frecuentemente, como expresión de una situación de intermitencia entre una y otra condición-:

- (a) La necesidad por parte de grandes y medianas empresas del sector moderno de aumentar la productividad (en función de incrementar su capacidad competitiva), a través de la incorporación de nuevas tecnologías y cambios en la organización del trabajo, genera la incorporación de fuerza de trabajo altamente especializada. En general, estos procesos han sido favorecidos por los rápidos avances tecnológicos

¹² La mayor estructuración de los mercados más concentrados, por una parte, y alta concurrencia de oferta de fuerza de trabajo y de empleos de subsistencia en los mercados secundarios, crea escollos a la expansión del sector empresarial cuasi-informal, inhibiendo el éxito de tales negocios, a la vez que obligando a los segmentos informales de subsistencia a desarrollar actividades de mayor precariedad y extralegalidad en el segmento terciario del mercado de trabajo.

mundiales y la disponibilidad financiera¹³. De este proceso también participa como agente expulsor el Estado, mediante el cierre de empresas públicas deficitarias y de obreros o empleados de baja calificación o con calificación tradicional (como resultado de las políticas de reducción del gasto público y de reformas administrativas). En ambos casos, debido en general a la necesidad de producir ajustes fiscales en correspondencia con los programas ortodoxos de estabilidad.

(b) La apertura comercial y la desregulación de los mercados en los sectores modernos – antes protegidos- tecnológicamente rezagados y con baja capacidad competitiva, afecta negativamente la sustentabilidad de numerosas actividades productivas tradicionales. En caso de superar la quiebra o cierre de la actividad, las empresas sobrevivientes no están en condiciones de reconvertir sus estructuras tecnológico-productivas, lo hacen generalmente a través de una reducción de la escala actividad, a la vez que extienden el desempleo y la precariedad laboral. Los expulsados de estos segmentos, por lo general con niveles medios de calificación, aumentan como veremos su presión sobre los segmentos secundario y terciario del mercado de trabajo.

(c) Las actividades empresarias cuasi-informales preexistentes enfrentan amplias limitaciones para su reabsorción en mejores condiciones, incluso, en un escenario de crecimiento de la demanda agregada de empleo. En el pasado, bajo el modelo de sustitución de importaciones (economía cerrada), el crecimiento estaba acompañado por niveles relativamente bajos de desempleo que favorecían la movilidad del sector informal de subsistencia hacia actividades cuasi-informales o modernas de productividad media. Bajo el modelo de “economía abierta”, esta movilidad laboral se ve relativamente clausurada, debido tanto al cierre o ruina en que caen estas empresas ante la competencia de sectores modernos concentrados –nacionales o internacionales-, así como también a la presencia de una “cola de espera” generada por los cesanteados de las actividades reconvertidas o en crisis, quienes pasan a competir en los mercados secundarios y terciarios por oportunidades laborales escasas y de menores ingresos¹⁴.

De tal modo que la demanda agregada de consumo depende, por una parte, de la composición de la demanda agregada que es capaz de generar un modelo economía heterogénea, es decir, de los procesos de inversión, acumulación y reproducción capitalista que afectan tanto al sector concentrado como a los sectores de capital intermedios, incluyendo al propio sector público. Pero ello resulta un examen parcial e insuficiente si no consideramos que estos excedentes se generan y desplazan a partir del crecimiento que experimenta la oferta de fuerza de trabajo, lo cual resulta determinado por el marco general que imponen las condiciones generales de reproducción social y el

¹³ La apertura comercial externa ha reducido significativamente el precio de los bienes de capital importados induciendo su sustitución tanto por mano de obra como por servicios de ingeniería que con anterioridad se producían localmente para extender el ciclo de vida útil de la maquinaria.

¹⁴ La mayor estructuración de los mercados más concentrados, por una parte, y alta concurrencia de oferta de fuerza de trabajo y de empleos de subsistencia en los mercados secundarios de más baja productividad, crea escollos a la expansión del sector empresario cuasi-informal, inhibiendo el éxito de tales negocios, a la vez que obligando a los segmentos informales de subsistencia a desarrollar actividades de mayor precariedad y extralegalidad en el segmento terciario del mercado de trabajo.

particular papel de las unidades domésticas en dicha reproducción, en ambos casos con efectos sobre los comportamientos socio-demográficos agregados¹⁵.

En esta línea, al menos dos nuevas irrupciones sociales deben ser destacadas, como ejemplo, sin que ello agote ninguna explicación sobre el tema de fondo: a) la mayor presión que ejercen sobre el mercado de trabajo las actuales cohortes de jóvenes, más educadas que sus progenitores; y b) la creciente incorporación de mujeres a la vida económica activa desde los dos extremos de la escala distributiva (en la parte alta por efecto del incremento del número de mujeres con estudios medios y superiores, y en la parte baja, como producto de las estrategias de supervivencia de los hogares con menores recursos).

En definitiva, a partir de lo argumentado es fácil derivar que un rasgo distintivo de la actual composición de los excedentes de población sea justamente su particular heterogeneidad socioeconómica, sociocultural y socio-demográfica. La siguiente tipología, surgida de una mirada sistemática de la actual estructura social argentina, da cuenta de esta diversidad a partir de reconocer diferentes tipos de población definibles como “excedentes” según el origen y la composición de la misma:

- Excedente de fuerza de trabajo urbana sin calificación, sobreviviente de los desplazamientos migratorios internos dirigidos hacia los centros urbanos desde zonas rurales atrasadas, sin haber logrado a pesar de los esfuerzos desarrollados una adecuada inclusión al modelo de “economía cerrada”.
- Excedente de fuerza de trabajo de sectores modernos rezagados, generado por los cambios tecnológicos, organizacionales o de ajuste laboral, o, incluso, por los procesos de reconversión y concentración económica, afectando especialmente a asalariados en edades adultas y cuyas calificaciones han quedado desactualizadas.
- Excedente de fuerza de trabajo surgido de la crisis o desplazamiento que experimentaron los oficios y actividades urbanas no transables “cuasi-informales”, desarrolladas generalmente por trabajadores con alguna experiencia o micro emprendedores independientes.
- Excedente de fuerza de trabajo sin experiencia laboral, formado por mujeres y jóvenes de hogares pobres o empobrecidos, sin experiencia laboral ni acceso a redes de vinculación con el mercado de trabajo primario o interno de las empresas.

Estrategias domésticas, políticas públicas y alianzas tácticas

Una amplia literatura respalda la existencia de una relación estrecha entre las estrategias de subsistencia de las unidades domésticas y los procesos más generales de reproducción económica y social. Estas estrategias generalmente desarrolladas por fuera de los procesos más dinámicos de acumulación e integración social, constituyen un mecanismo fuertemente asociado a las capacidades de supervivencia de los sectores excluidos de los procesos de modernización. De tal modo que se establece una estrecha relación entre la dinámica de acumulación, los procesos de reproducción social, la

¹⁵ Una manera relevante de examinar las características de las unidades domésticas-familiares es aquella que permite analizar las relaciones y estrategias productivas de tipo económico que tienen como agente al propio hogar o a algunos de sus miembros en función de proveer recursos para la reproducción del grupo (lo cual incluye actividades realizadas con medios de producción propios, empleos asalariados o autoempleos remunerados e, incluso, las tareas domésticas). Las teorizaciones *chayanovianas* relacionadas con las unidades familiares campesinas aplicadas al estudio de unidades domésticas en espacios pobres o informales urbanos ha estimulado este tipo de interpretación, incluso cuando dichas unidades no disponen de medios de producción propios. Véase los trabajos compilados por Cortés y Cuéllar (1990).

formación de excedentes absolutos de población y la conformación de una “economía de la pobreza” definida por su marginalidad económica.

Esta marginalidad –tal como se señaló más arriba- no sólo se expresa en niveles crecientes de desempleo sino sobre todo en la proliferación de variadas formas de subempleo vinculadas a actividades informales de subsistencia. Por lo mismo, en ausencia de políticas de desarrollo capaces de generar aumentos significativos de empleos productivos, sistemas de seguridad social universales y políticas públicas efectivamente redistributivas de los capitales físicos y simbólicos en juego, cabe esperar que la reproducción social de los excedentes de población dependa de las estrategias defensivas llevadas a cabo por los hogares afectados por la marginalidad económica, pero también en buena medida del nivel de “goteo” que tengan los sectores dinámicos sobre los mercados locales y, en igual sentido, las políticas públicas destinadas a asistir económicamente a dichos sectores.

De esta manera, el Estado -en tanto encargado de regular los mercados y garantizar la cohesión social-, así como las estrategias de aprovechamiento de recursos productivos propios y comunitarios que movilizan los hogares, adoptan bajo el actual modelo económico un papel clave en la gestión social de los excedentes de población. En lo fundamental, tal vinculación lleva a potenciar el impacto que pueden tener las estrategias domésticas sobre los procesos socio-demográficos, la organización del mercado de trabajo, en el patrón de distribución del ingreso y la evolución de la pobreza, e, incluso, los niveles de estabilidad social y control político interno que logra alcanzar el sistema (Salvia, 2009).

En este marco, cabe esperar que tengan especial proliferación una serie de tradicionales estrategias domésticas que hacen posible la supervivencia de los marginados en condiciones de relativa integración social: (a) estrategias reproductivas orientadas a alterar la estructura, organización y/o composición del grupo doméstico con el fin de mejorar los balances reproductivos al interior del grupo; (b) desarrollo de novedosas actividades informales -legales, extralegales o ilegales-, por lo general de muy baja productividad, con lógicas de funcionamiento diferentes a la informalidad tradicional; y c) estrategias de migración laboral nacionales y transnacionales desde mercados atrasados, con elevados excedentes de fuerza de trabajo y bajas remuneraciones laborales, hacia mercados con mayor desarrollo relativo y mejores remuneraciones, en donde la producción de bienes y servicios enfrenta escasez relativa de fuerza de trabajo¹⁶.

Al mismo tiempo, el Estado está obligado a mantener una serie de servicios públicos sociales (como son la educación, la salud, la seguridad social, etc.), que, aunque devaluados en su calidad (en comparación con los servicios que logran prestar los sectores privados), llegan a ser muy costosos a nivel fiscal. *En paralelo a ello, una multiplicidad de programas asistenciales de transferencia de ingresos sirven para desplegar nuevas formas de reclutamiento político-social funcionales al control de los sectores más afectados por la pobreza.*

¹⁶ Este tipo de estrategias permite a los hogares con excedentes de población reducir gastos de consumo, a la vez que proveerse de transferencias de ingresos, sin necesidad de un desplazamiento completo del grupo (lo cual podría implicar perder las redes locales de ayuda mutua, volviendo la reproducción más costosa). Sobre este nuevo tipo de estrategias de movilidad migratoria, así como sobre las importantes alteraciones que experimentan las pautas de reproducción económica y social de los hogares y las comunidades que alimentan a dicha masa migratoria, cabe consultar los trabajos reunidos en Ariza y Portes (2008).

En este mismo sentido, surge como un hecho novedoso la constitución de “cuasi-mercados” formados por sectores reclamadores y por una oferta variada de programas de transferencia condicionada de ingresos dispuesta a asistirlos. En este marco, es claro que desde la perspectiva de los hogares marginados, el acceso a estos mercados constituye un componente clave de la subsistencia; sobre todo cuando el ciclo económico está en baja y, por lo tanto, el goteo de los mercados se reduce. Para ello los hogares tienden a ajustar su estructura, organización y capacidad de agencia en procura de acceder, sostener y/o ampliar estos beneficios¹⁷.

De esta forma, el modelo político-económico parece poder lograr un alto grado de cohesión social no por su capacidad para sumar a una porción cada vez mayor de excedentes de población, sino gracias a que el “goteo” de los mercados formales y el gasto público social focalizado sean capaces de garantizar estrategias domésticas y comunitarias destinadas a reproducir la subsistencia de quienes sobreviven en el submundo de la marginalidad económica. A partir de lo cual se hace evidente que, dado un modelo de acumulación y distribución fundado en un desarrollo concentrado, dual y combinado que promueve la producción de excedentes absolutos de población, es clave transformar en “afuncionales” los excedentes absolutos de población. Esto, incluso, aunque en determinados momentos se pongan en peligro equilibrios macroeconómicos, dado que en su defecto lo que se pondría en riesgo sería la propia gobernabilidad del sistema político-institucional.

En el mismo acto, los excedentes de población encuentran en las políticas sociales un extenso mercado de subsistencia asociado a reglas político-institucionales; todo lo cual logra ser particularmente funcional al meticoloso control político que requiere el programa de modernización para que la marginalidad económica no se convierta en “disfuncional” al pacto de dominación vigente. En este marco, el desafío que enfrenta el Estado es hacer al menos “afuncional”, para el pacto de gobernabilidad preexistente, el papel de los excedentes de población constituidos en “masa marginal”. *Esto, incluso, a costa de poner en peligro la estabilidad macroeconómica del sistema; dado que en su defecto corre alto riesgo la capacidad del Estado de sostener cohesionado el sistema social, y, por ende, la legitimidad del bloque político dominante.*

Reflexiones finales

El interés particular de este artículo ha sido querer destacar la existencia de condiciones que no sólo han mantenido activo sino que han profundizado el fenómeno de la marginalidad en América Latina, más allá de la forma histórica que ha ido adoptando el proceso de modernización. Nos referimos al particular efectos de exclusión y desigualdad que imponen la “heterogeneidad estructural” en un contexto de liberalización y concentración económica, en tanto rasgo característico de sociedades periféricas sometidas a las leyes del subdesarrollo capitalista y, más recientemente, a la nueva fase de globalización de la economía mundial.

En este marco, las políticas públicas orientadas a distribuir el gasto social -en tanto instrumentos que buscan garantizar la reproducción social bajo un mínimo necesario de integración social-, así como las estrategias de aprovechamiento de recursos productivos propios, sociales y comunitarios que movilizan los hogares, cumplen

¹⁷ Una amplia serie de estudios cualitativos examinan para el caso argentino este tipo de estrategias de subsistencia, mostrando el modo en que ellas se articulan con procesos reproductivos de orden político-institucional asociados al control social. Véanse, por ejemplo, los trabajos compilados por Mallimaci y Salvia (2005); Salvia y Chávez Molina (2007); Dinatale (2005); entre otros.

ambas un papel clave en la administración social de los excedentes de población, con efectos directos sobre una serie de variables socio-demográficas, el funcionamiento de los mercados de trabajo, y por ende, en el patrón de distribución del ingreso y de evolución de la pobreza.

Desde ésta perspectiva cabe revisar las mencionadas nociones asumiendo la vigencia de un patrón de crecimiento sometido a nuevas condiciones de dependencia y subdesarrollo capitalista.

Las consecuencias más directas de estos procesos de cambio estructural en el modelo de desarrollo se hacen visibles a través por dos hechos relevantes, y relativamente novedosos para la sociedad argentina: a) el desarrollo de una marginalidad económica asociada a un aumento de excedentes absolutos de una población excluida de toda modernidad; y b) la proliferación de estrategias, planes, programas y acciones en materia de política social centralmente orientada a proveer de una transferencia monetaria de ingresos hacia los sectores más necesitados y conflictivos de esa masa marginal. En este marco, una variable interviniente no menos importante –al menos en el caso argentino- es que los momentos de crecimiento económico han estado acompañados de un aumento sistemático de la desigualdad, a la vez que la exclusión social ha seguido reproduciéndose acompañada incluso de un aumento de las capacidades de consumo de los hogares más pobres. Asimismo, durante los momentos de baja del ciclo, ambos tipos de fenómenos han tendido en general a agravarse, incluida la pobreza extrema, exigiéndosele al Estado políticas cada vez más comprometidas y universales en materia de transferencias monetarias, a la vez que insuficientes para resolver los problemas de exclusión estructural.

Una larga historia de procesos relacionados con las políticas proteccionistas; los mercados regulados; el déficit fiscal; el endeudamiento y la inflación; las devaluaciones; las políticas de ajustes, las reformas estructurales, la liberalización económica, integraciones regionales, privatizaciones, apertura comercial y de las cuentas de capitales, programas sociales, crisis financieras, entre otros cambiantes acontecimientos

En efecto, la supuesta paradoja se revela si podemos reconocer la emergencia en la Argentina –a lo largo de larga historia de promesas, espejismos y fracasos- de una matriz económico-institucional más heterogénea, desigual y subordinada que la vigente hace cuatro décadas atrás, la cual ha sido capaz de fluctuar siguiendo los ciclos económicos, pero alrededor de una tendencia de claro retroceso en términos de pobreza y movilidad para las diferentes capas sociales de marginados, generados tanto por la modernidad inconclusa como por el exceso de modernidad en el contexto de la globalización y la liberalización económica.

En este punto, no deja de sorprender como la historia parece volver sobre sus propios pasos enriquecida de observables, mostrando una marginalidad creciente y fragmentada donde los excedentes relativos de población continúan reproduciéndose acompañando al crecimiento económico. Es decir, “nada nuevo parece nacer bajo el sol”, al menos en el marco de una marginalidad en transición definida en términos ambiguos, confundida con una marginalidad de exclusión y sometida a políticas de control social. Ante lo cual, cabe preguntarse si no existe una alternativa teórica capaz de hacer observable –al decir de Sergio Bagú (1970)- “tanto lo visible como lo invisible”. Al respecto, creemos que un breve recorrido por los hechos descubiertos en el caso argentino quizás pueda ayudar a este cometido.

- Ariza, Marina y Portes, Alejandro (Coords.) 2008 *El país transnacional, migración mexicana y cambio social a través de la frontera* (México: Instituto de Investigaciones Sociales – UNAM)
- Bagú, Sergio 1970 *Tiempo, realidad social y conocimiento* (México: Siglo XXI)
- Barba, Carlos (Comp.) 2008 *Retos para la Integración Social de los Pobres en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO)
- Cattani Antonio D. y Cimadamore, Alberto D. (Coords.) 2008 *Producción de Pobreza y Desigualdad en América Latina* (Bogotá: Siglo del Hombre Editores)
- Centro de Desarrollo Social de América Latina (DESAL) 1965 *América Latina y Desarrollo Social* (Barcelona: Herder)
- Chávez Molina Eduardo y Salvia Agustín (Coords.) 2007 *Sombras de una marginalidad fragmentada. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares de la Argentina*. (Buenos Aires: Niño y Dávila).
- Cortés, Fernando 2006 “Marginación, Marginalidad, Marginalidad económica y Exclusión social”, en *Papeles de Población* (México: Nueva Época) Año 12, N° 47, enero-marzo.
- Cortés, Fernando y Cuéllar, Oscar 1990 *Crisis y reproducción social. Los comerciantes del sector informal* (México: FLACSO y M.A. Porrúa Editores).
- Danani, Claudia 1996 “Algunas precisiones sobre la política social como campo de estudio y la noción de población-objeto”, en Hintze, Susana (comp.) *Políticas sociales. Contribución al debate teórico-metodológico* (Buenos Aires: CEA – CBC).
- Di Leo, Pablo F. 2004 “Programa Jefes y Jefas de hogar y régimen social de acumulación neoliberal”, en *Publicaciones del Instituto de Estudios y Formación de la Central de Trabajadores Argentinos* (Buenos Aires: Instituto de Estudios y Formación de la Central de Trabajadores Argentinos).
- Dinatale, Martín 2005 *El festival de la pobreza* (Buenos Aires: La Crujía).
- Germani, Gino 1963 *Política y sociedad en una época de transición* (Buenos Aires: Paidós).
- Germani, Gino 1973 *El concepto de marginalidad* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Grassi, Estela 2003 *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame (I)* (Buenos Aires: Espacio).
- Gutiérrez, A (2004): *Pobre como siempre... Estrategias de reproducción social en la pobreza* (Pcia. de Córdoba: Ferreyra Editor).
- Lomnitz, Larissa 1975 *Como sobreviven los marginados* (México: Siglo XXI).
- Mallimacci, Fortunato y Salvia, Agustín (comps) 2005 *Los nuevos rostros de la marginalidad* (Buenos Aires: Biblos).
- Marín, Juan Carlos, Murmis, Miguel y Nun, José 1968 “La marginalidad en América Latina: Informe Preliminar” *Documento de trabajo* (Buenos Aires: CIS) N° 35.
- Nun, José 1969 “Superpoblación relativa, ejército industrial de reserva y masa marginal” en *Revista Mexicana de Sociología* (México, D.F.: UNAM) vol. 5, n° 2.

- Nun, José 1987 “La teoría política y la transición democrática” en Nun, José y Portantiero, Juan Carlos (eds) *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*. (Buenos Aires: Puntosur).
- Nun, José 1999 “Nueva visita a la teoría de la masa marginal”, en *Revista Desarrollo Económico*, IDES (Buenos Aires) vol. 39, N° 154.
- Nun, José 2001 *Marginalidad y Exclusión social*, (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Pegoraro, Juan. S. 1995 “Teoría social, Control Social y Seguridad. El nuevo escenario de los años 90”, en Pavarini, Massimo y Pegoraro, Juan S. *El control social en el fin del siglo* (Buenos Aires: Secretaría de Posgrado. Facultad de Ciencias Sociales. Oficina de Publicaciones, Ciclo Básico Común).
- Pinto, Aníbal 1970 “Heterogeneidad estructural y modelo de desarrollo reciente de la América Latina”, en *Inflación: raíces estructurales* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica).
- Pitch, Tamar 1996 “¿Qué es el Control Social?”, en *Delito y Sociedad. Revista de Ciencias Sociales*, (Buenos Aires - Santa Fe) número 8, 51-72.
- Prebisch, Raúl 1949 El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas (E.CN.12/89) (Santiago de Chile: Naciones Unidas).
- Prebisch, Raúl 1970 *Transformación y desarrollo: la gran tarea de América Latina* (México, D.F.: Fondo de Cultura Económica).
- Quijano, Aníbal 1971 *Polo marginal y mano de obra marginalizada* (Santiago de Chile: CEPAL).
- Salvia A. 2007 “Consideraciones sobre la transición a la modernidad, la exclusión social y la marginalidad económica. Un campo abierto a la investigación social y al debate político” en Salvia Agustín. y Chávez Molina Eduardo (comps.) *Sombras de una marginalidad fragmentada. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares de la Argentina*. (Buenos Aires: Niño y Dávila).
- Salvia, Agustín; Comas, Guillermina; Ageitos, Pablo; Quartulli, Diego y Stefani, Federico 2008 “Cambios en la estructura social del trabajo bajo los regímenes de convertibilidad y post-devaluación. Una mirada desde la perspectiva de la heterogeneidad estructural” en Lindemboim, Javier. (comp.) *Trabajo, Ingresos y políticas en Argentina. Contribuciones para pensar el siglo XXI* (Buenos Aires: Eudeba).